No. 7 - Octubre - 1957

REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO IV

BESO DIVINO

Luis Felipe Contardo

Fue al pie de unas palmeras. Las turbas silenciosas
que no sienten fatigas, y olvidadas del pan,
escuchan de los labios, de Jesús altas cosas,
y ante el hondo Misterio, pensativas están . . .
Unos niños levantan sus caritas de rosas;
de los ojos divinos les atrae el imán;
acercarse quisieran, mas, las manos rugosas
de los viejos apóstoles se oponen a su afán.
Y Jesús dijo entonces: "Dejadles: son los dueños
del cielo de mi Padre, todos están pequeños:
dejadles que a mí vengan, e emitad su candor
si queréis formar parte de mi reino bendito".
En seguida inclinóse hacia el más pequeñito,
y lo besó lo mismo que se besa una flor.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Farolito

Revista Infantil Nacional
FAROLITO

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
ONDINA PERAZA

San José — Costa Rica

Sumario:

Beso Divino 1
Que llueva, que llueva 2
Del santísimo milagro que hizo San Francisco 3
Coloquios 8
El cazador 10
La zorra y el caballo 12
Página de los Niños 14
Alba 16

OCTUBRE 1957
NUMERO 7

Maderas: Francisco Amighetti.
Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:
₡ 0.20

QUE LLUEVA, QUE LLUEVA

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva.
¡Que sí!
¡Que no!
¡Que llueva a chaparrón!

Los niños en la pradera,
en ronda, ronda rondera,
salta que salta, danzando,
danza que danza, saltando,
canta que canta, girando,
gira que gira, cantando,
la rueda, rueda formando,
entonan este cantar:

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva.
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
¡Que sí!
¡Que no!
¡Que lueva a chaparrón!

Carlos María de Vallejo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Del Santísimo Milagro que hizo San Francisco al convertir al Ferocísimo Lobo de Gubbio

Cuando San Francisco vivía en la ciudad de Gubbio, apareció en la comarca un lobo grandísimo, terrible y feroz, que no solamente devoraba los ganados, sino también a los hombres; tanto que todos los ciudadanos se sentían empavorecidos, porque muchas veces la fiera se acercaba a la misma ciudad. Y cuando salían del contorno, todos iban armados como si fuesen a la guerra, y aún así no podía defenderse de él el que, yendo solo, le encontraba. A tanto llegó el pánico, que nadie osaba salir a las afueras. Por lo que San Francisco, movido a compasión, resolvió ir al encuentro del lobo, aunque todos se esforzaban por disuadirlo, y haciendo la señal de la santa cruz, salió con sus hermanos al campo, puesta en Dios toda su confianza. Mas como los demás vacilasen en seguirlo, San Francisco se encaminó solo a donde el lobo se hallaba. Y he aquí que, hallándose presentes muchos ciudadanos que habían acudido a contemplar este milagro, el lobo se precipitó contra San Francisco con las fauces abiertas. Cuando estuvo ya cerca, San Francisco trazó la señal de la cruz y, llamándolo, le habló así:

—Ven aquí, hermano lobo; en nombre de Cristo te ordeno que no hagas daño, ni a mí ni a ningún otro.

Y, ¡cosa admirable!, apenas San Francisco hubo hecho la señal de la cruz, el terrible lobo cerró la boca y se detuvo en su carrera. Y, dada la orden, fue mansamente como un cordero a echarse a los pies de San Francisco. Entonces, éste le amonestó así:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Muchos daños estás causando en estas tierras, hermano lobo, y grandes atrocidades has cometido, lisiando y matando las criaturas de Dios sin su licencia, y no sólo has matado y devorado a las bestias, sino que has tenido la osadía de matar y de mutilar a los hombres ,hechos a imagen de Dios; crimen por el cual mereces la horca, como ladrón y homicida excecrable, pues toda esta gente clama contra ti y te maldice, y toda la comarca te aborrece. Pero yo quiero, hermano lobo, poner paz entre vosotros, de suerte que tú no los ofendas más y ellos te perdonen los agravios pasados y no vuelvan a perseguirte ya ni los hombres ni los perros.

A cuyas palabras, el lobo, con ciertos movimientos de su cuerpo, meneando la cola y abatiendo las orejas y la cabeza, hacía ademán de aceptar lo que San Francisco le proponía y de hallarse dispuesto a cumplirlo. Entonces San Francisco siguió diciéndole:

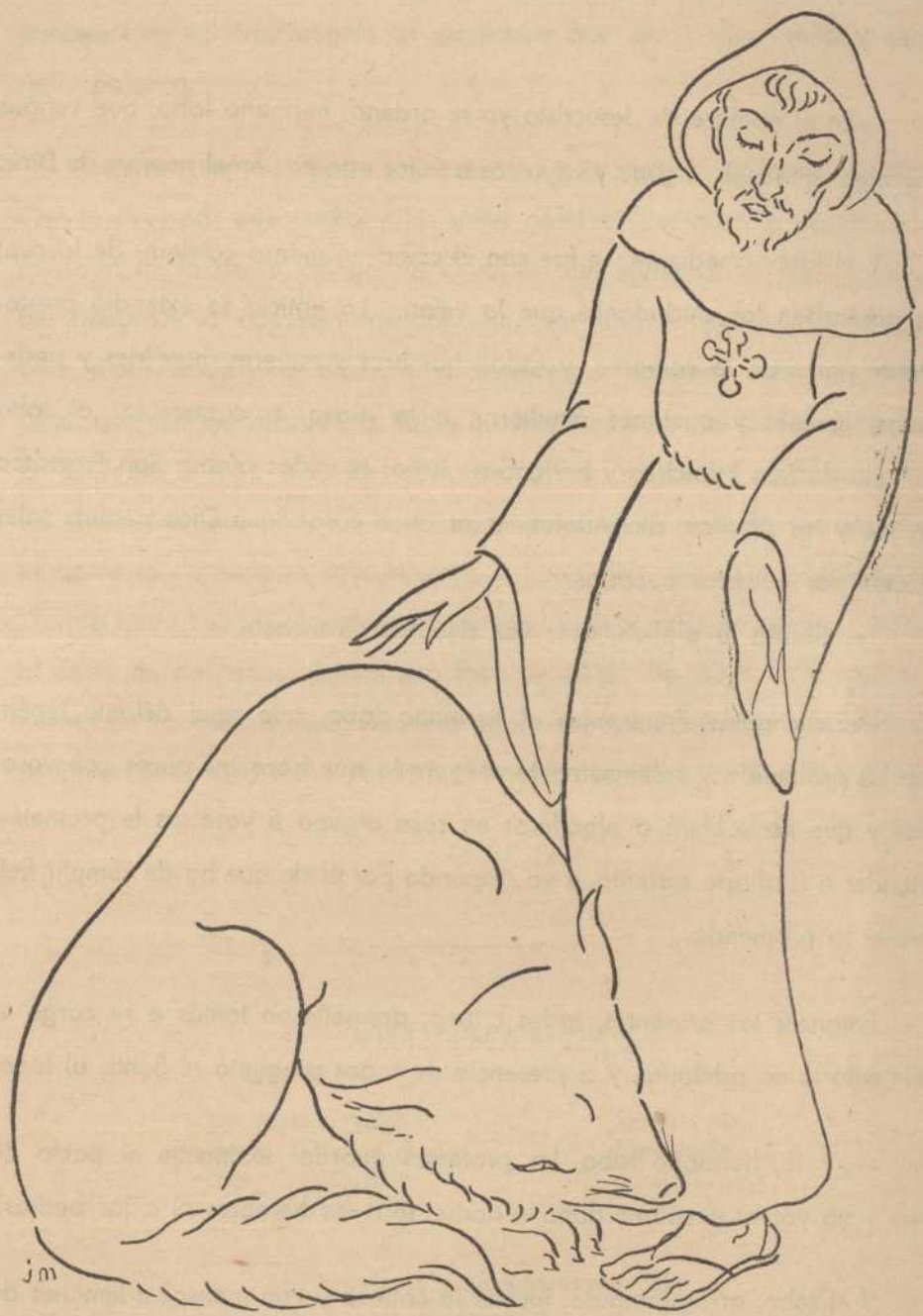
—Hermano lobo, puesto que quieres hacer las paces y vivir en paz, yo te prometo lograr que mientras vivas cuiden de tu sustento los hombres de este país, de suerte que ya no vuelvas a sentir hambre, puesto que sé que el hambre es la que te ha hecho cometer todos esos desafueros. Pero, ya que yo te haya de procurar tal merced, quiero también, hermano lobo, que me prometas que jamás volverás a causar daño ni a persona ni a animal alguno. ¿Me lo prometes?

Y el lobo inclinó la cabeza en evidente señal de que así lo prometía, y San Francisco, le dijo:

—Hermano lobo, quiero que me garantices solamente esta promesa para que yo pueda desechar todo escrúpulo.

Y extendiendo San Francisco la mano para sellar el pacto, el lobo alzó la pata delantera y la puso mansamente en la mano del Santo, dán-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.



SAN FRANCISCO Y EL HERMANO LOBO

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

dole así las pruebas que él pedía. Entonces volvió a hablar San Francisco y dijo:

—En el nombre de Jesucristo yo te ordeno, hermano lobo, que vengas conmigo sin recelo alguno y vayamos a sellar esta paz en el nombre de Dios.

Y el lobo, obediente, se fue con él como un manso cordero; de lo cual se pasmaban los ciudadanos que lo veían. La noticia se extendió prestamente por toda la comarca, y todos, hombres y mujeres, humildes y poderosos, jóvenes y ancianos acudieron a la plaza, a contemplar al lobo al lado de San Francisco y hallándose todos reunidos púsose San Francisco en pie y les predicó, diciéndoles, entre otras cosas, que Dios permite tales azotes por nuestros pecados.

Terminada la plática, otra vez dijo San Francisco:

—Escuchadme, hermanos: el hermano lobo, que aquí delante tenéis, me ha prometido y solemnemente asegurado que hará las paces con vosotros y que no volverá a ofenderos en cosa alguna si vosotros le prometéis atender a su diario sustento, y yo respondo por él de que ha de cumplir fielmente lo prometido.

Entonces los presentes, todos a una, prometieron tomar a su cargo el alimentarlo en adelante; y a presencia de todos preguntó el Santo al lobo:

—¿Y tú, hermano lobo, les prometes guardar lealmente el pacto de paz y no volver a causar daño a nadie, ni a los hombres ni a las bestias?

Y el lobo, arrodillándose, inclinó la cabeza y con mansos ademanes de cuerpo, cola y orejas hizo cuanto podía para dar a entender que estaba dispuesto a cumplirles todo lo prometido. Y aún agregó San Francisco:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Quisiera, hermano lobo, que solemnemente, como me lo prometiste fuera de la ciudad, me ratificases aquí, ante todo el pueblo, tu promesa y me asegurases que no traicionarás la confianza que en ti puse al salir fiador de tu palabra.

Entonces alzó el lobo la pata derecha y la puso en la mano del Santo. Con lo que, por este hecho y los antes citados, fue tanta la alegría y admiración de la gente, así por la devoción del Santo como por lo extraño del milagro y la mansedumbre del lobo, que todos empezaron a invocar a Dios, glorificando y bendiciendo su nombre por haberles dado a San Francisco, que por sus virtudes les había librado de las fauces de la bestia cruel. En adelante el lobo vivió dos años en Gubbio, y entraba pacíficamente en las casas, una por una, sin hacer daño a nadie ni recibirlo de ninguno; y la gente lo alimentaba solícitamente, y jamás los perros lo acogieron con ladrido hostil cuando iba de casa en casa y de predio en predio. Por fin, al cabo de dos años el hermano lobo se murió de viejo, con gran sentimiento de los vecinos, que, viéndolo andar así apaciblemente por la ciudad, tenían en él un vivo recuerdo de las virtudes y santidad de San Francisco.

De las "Florecillas de San Francisco".

ADIVINANZAS

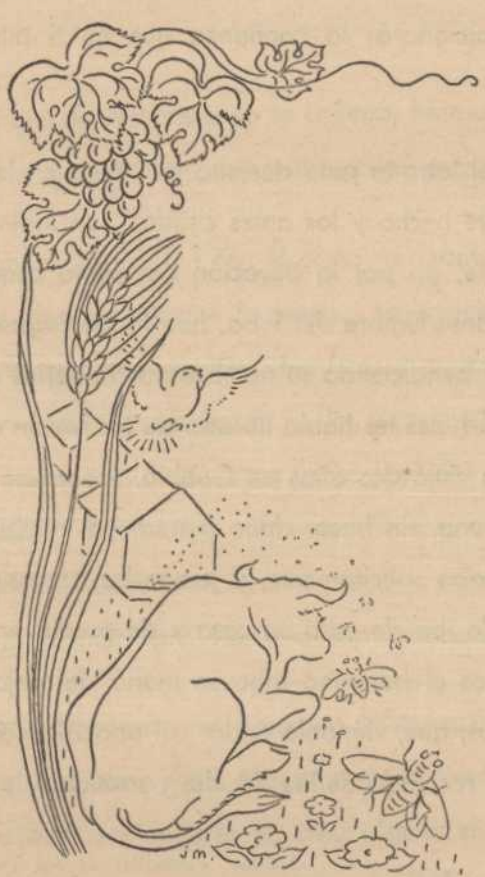
Un pajarito volando
con un hilito en el pico,
trata de dibujarlo
y acertarás de fijo.

Un cercado
bien arado
donde la reja
no ha entrado.

Soluciones a las adivinanzas del número 2

1—El pollito en el huevo. 2—La media.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.



COLOQUIOS

Ramón Pérez de Ayala

Hoy viene a visitarme Francisquín, un vecino
que es un buen hombre. No fuma ni prueba el vino,
y a su mujer Teresa, le da toda la plata
que puede. Es un bendito; un bendito . . . que mata
reses, y que la carne lleva a vender a Oviedo.
Se ha sentado a mi lado, y como no puedo
explicarme que sea buen hombre y matachín,
le digo de esta suerte:—Amigo Francisquín,
¿no te tiembla la mano, no sientes mucha pena

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

al matar esas pobres reses inofensivas?
¿Y no creíste ver en su pupila serena
mirar como implorando que las dejases vivas?

El hace un gesto y dice:—Pss. Nunca creí ver nada.
—Pues tienen esos animales una mirada
tan dulce, tan amiga y buena, tan resignada,
que todo un universo en su globo se encierra.
¿No has visto tú los diáfanos ojos de una becerra?
No, no supiste verlos. Si los hubieras visto
no serías carnicero.

Y Francisquín:—¡Recristo!
Y . . . ¿qué iba usté a comer, don Ramón?

—Ten por cierto,
que un animal es más útil vivo que muerto:
y es la Naturaleza tan sabia y maternal,
que en ella vivir pueden todos sin hacer mal.
La vaca da su leche, sus huevos la gallina,
y la abeja su miel para nosotros deja;
el pan viene del trigo, que es la flor de la harina,
y el vino tinto sale de la uva bermeja.
Y por si esto no basta, los árboles amigos
nos ofrecen sus frutos (peras, manzanas, higos);
cada cual a su tiempo bríndalos en sazón,
abundantes y dulces, que es una bendición.
Pero aún hay más, querido Francisquín: hortalizas
existen que a las gentes ponen gordas, rollizas,
con su virtud oculta. Y, en fin, como propina
alimento del alma da la tierra divina
con sus pájaros, sus arroyos y sus flores,
que cantan dulcemente o parlan reidores,
o exhalan ambrosías al hombre triste gratas.
Y añado semi en serio:—¡Francisquín! ¿Por qué matas?
Y como siempre ha sido un pobre hombre, un bendito,
sólo dice:

—¡Qué cosas tiene usté, señorito!

Fragmento de "Coloquios

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

EL CAZADOR

En una tribu australiana había una familia que vivía, como casi todas, de la caza. Eran tres mujeres y un muchacho, el hijo mayor: el padre había muerto, y era el hijo por lo tanto, el encargado de llevar algo de comer a su casa. Todos los días salía de caza y siempre volvía con las manos vacías. La madre y las hermanas tenían preparado el fuego; pero inútilmente: nunca tenían la suerte de comer un buen canguro, tanto como les gustaba.

Se indignaban, y preguntaban al muchacho:

—¿Pero qué haces que no logras traer nada a casa? ¿Es que no intentas siquiera cazar alguna cosa?

El joven siempre contestaba que hacía lo que podía; que perseguía a los canguros, pero siempre se le escapaban.

—¿Acaso no me oís gritar cuando sigo a las presas?

—Sí—decía su madre—, te oímos gritar y pensamos que trairías algo; tenemos el fuego listo para comenzar a cocinar en seguida. Pero siempre vienes con las manos vacías... ¿Por qué?

—Mañana os prometo traeros un canguro—respondió el muchacho.

La realidad era que todos los días, en vez de cazar, se dedicaba a reunir goma y estaba haciendo

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

un canguro, con sus orejas, su hocico y su bolsa, dentro de la cual había puesto un cangurito.

Estaba entusiasmado con su obra de arte y la caza no le interesaba en absoluto.

Al día siguiente, como había prometido llevar un canguro a su madre, cogió su canguro de goma y volvió a su casa. La madre y las hermanas, que le vieron venir con tan buena carga, se dispusieron a preparar el fuego; pero ¡cuál sería su asombro al ver entrar al muchacho con las manos vacías!

—¿Dónde está el canguro que traías?—le preguntaron.

—Está allí—contestó, apuntando hacia el camino.

Salieron corriendo en su busca y lo único que encontraron fue un canguro de goma.

—Me dijisteis que querías un canguro, ¡pues ahí lo tenéis! No especificasteis si lo querías de carne y hueso o de goma—dijo el chico, sonriendo, orgulloso de su obra de arte.

La madre y las hermanas no sonrieron; le dieron una buena paliza y no le dejaron ir más de caza sólo, pues se dedicaba a jugar y no les llevaba nada de comer, aunque sabía que estaban muertas de hambre.

Esta historia se difundió por la tribu y desde entonces los hombres nunca fueron solos de caza, sino acompañados de todas sus mujeres.

LEYENDA DE AUSTRALIA

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

LA ZORRA Y EL CABALLO

Tenía un campesino un fiel caballo, ya viejo, que no podía prestarle ningún servicio. Su amo se decidió a no darle más de comer y le dijo:

—Ya no me sirves de nada; mas para que veas que te tengo cariño, te guardaré si me demuestras que tienes aún la fuerza suficiente para traerme un león. Y ahora, fuera de la cuadra.

Y lo echó de su casa.

El animal se encaminó tristemente al bosque donde se encontró con la zorra, la cual le preguntó:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Qué haces por aquí, tan cabizbajo y solitario?

—¡Ay!—respondió el caballo—; mi amo ya no se acuerda de los servicios que le he venido prestando durante tantos años, y porque ya no puedo arar como antes, se niega a darme pienso y me ha echado a la calle:

—Así, ¿a secas? ¿No puedes hacer nada para evitarlo?

—El remedio es difícil. Me dijo que si era lo bastante fuerte para llevarle un león me cuidaría en su casa. Pero sabe muy bien que no puedo hacerlo.

—Yo te ayudaré. Túmbate bien y no te muevas, como si estuvieses muerto.

Hizo el caballo lo que le indicara la zorra, y ésta fue al encuentro del león, cuya guarida se hallaba a escasa distancia, y le dijo:

—Ahí fuera hay un caballo muerto; si sales, podrás darte un buen banquete.

Salió el león con ella y, cuando ya estuvieron junto al caballo, dijo la zorra:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Aquí no podrás comértelo sin ser visto. ¿Sabes que haré? Te ataré a su cola. Así te será fácil arrastrarlo hasta tu guarida, y allí te lo comes tranquilamente.

Gustóle el consejo al león, y colocóse de manera que la zorra, con la cola del caballo, ató fuertemente las patas del león, y le dio tantas vueltas e hizo tantos nudos que no había modo de soltarse.

Cuando hubo terminado dijo al caballo:

—¡Vamos, jamelgo, andando!

Incorporóse el animal de un salto y salió al trote, arrastrando al león. Se puso éste a rugir con tanta fiereza que todas las aves del bosque echaron a volar asustadas; pero el caballo lo dejó rugir y, a campo traviesa, lo llevó arrastrando hasta la puerta de su amo.

Al verlo éste, cambió de propósito, y dijo al animal:

—Te quedarás a mi lado, y lo pasarás bien—y, en adelante, no le faltaron al caballo sus buenos piensos, hasta que murió.

Cuento de los Hermanos Grimm

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Rafael Alberto Gamboa, 7 años

SAN FRANCISCO DE ASIS

Vivía en una tierra dulce y buena. Las avecitas eran sus hermanas. Les decía:

—Aves, hermanitas mías,—y ellas se acercaban sin miedo.

San Francisco sonreía como un niño. Un día se encontró una ovejita enferma; entonces él la cogió y alzada la llevó a la casa de un pastor, el cual curó a la ovejita. Otro día oyó cantar a una cigarra y él le dijo:—Hermana cigarra, acercate a mí y canta.—La cigarra obedeció, se acercó a él y cantó.

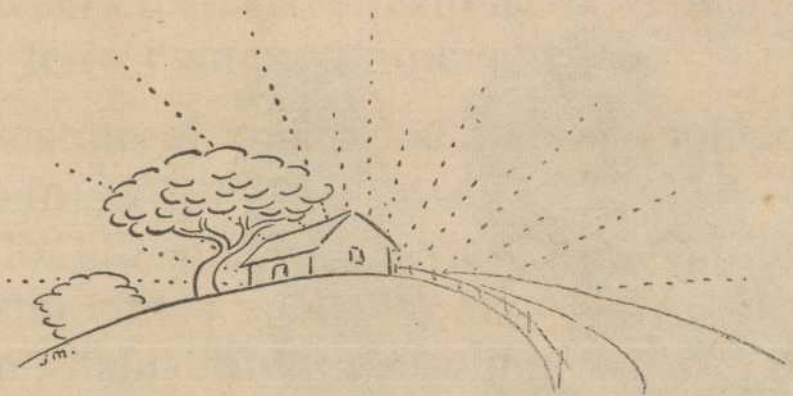
Amaba todas las cosas; cuando veía al sol decía:—Hermano sol—, cuando sentía el viento exclamada:—Hermano viento—, cuando contemplaba la luna decía:—Hermana luna—, cuando le caía la lluvia decía:—Hermana lluvia.

Sus pies y sus manos tenían llagas, su cara estaba hinchada pero él sonreía.

Cuando San Francisco iba a morir dijo que quería morir en el suelo, pidió un pedazo de pan y lo repartió entre todos los que con él estaban y se murió tranquilo. Todos lloraron su muerte, pero él desde el cielo vela por sus hermanos y los protege.

NARCISO SOTOMAYOR, IV Grado
Escuela de Arizona, Abangares

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.



ALBA

Leopoldo Lugones

Lánguido nudo de tul
en la bruma se desata,
apunta un claror de plata
y el mundo se pone azul.

Parece que la hermosura
en su prístina evidencia,
no es más que una transparencia
de aire, rocío y frescura.

Hasta que el rayo oriental
dilata un temblor de oro,
como un guijarro sonoro
en un árbol de cristal.

Lehmann 111284

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.